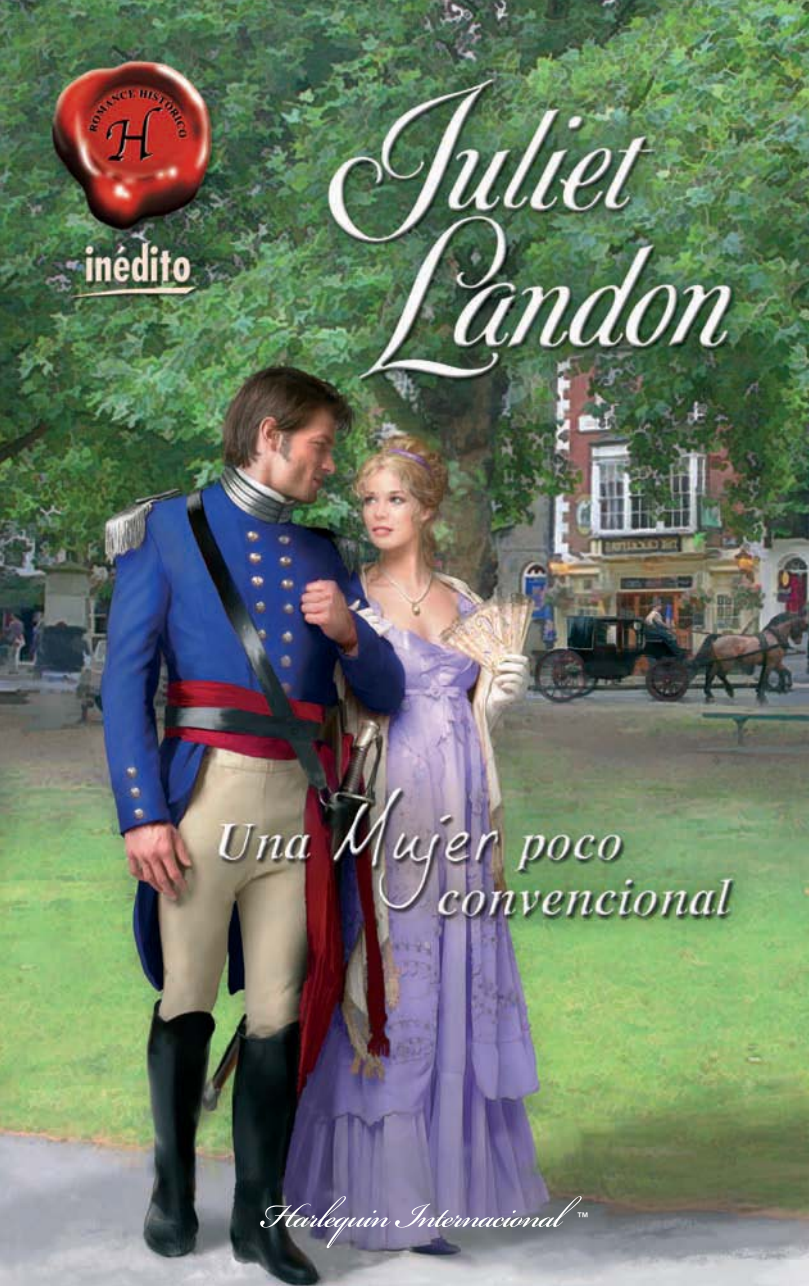
ROMANCE HISTÓRICO

inédito

Juliet Landon



Una Mujer poco convencional

Harlequin Internacional™

Juliet Landon

Una Mujer poco convencional



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2008 Juliet Landon. Todos los derechos reservados.
UNA MUJER POCO CONVENCIONAL, Nº 463 - septiembre 2010
Título original: The Rake's Unconventional Mistress
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con permiso de Harlequin Enterprises II BV.
Todos los personajes de este libro son ficticios. Cualquier parecido con alguna persona, viva o muerta, es pura coincidencia.
® Harlequin, Harlequin Internacional y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Books S.A.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

I.S.B.N.: 978-84-671-9009-0
Editor responsable: Luis Pugni

Uno

Richmond, Surrey. 1814

—Muy bien —dijo Letitia cerrando la puerta de la sala y silenciando el suave murmullo de las voces—. ¿Qué piensas? ¿Vas a pedirle a mamá que venga a rescatarme o vas a decirle lo competente que soy.

Garnet la agarró del brazo y lo apretó contra su costado.

—Mamá sabe lo competente que eres, querida, pero no quería que pasaras sola por todo esto, nada más. No entra en sus planes para ninguna de nosotras y mucho menos para su hija mayor.

—Bueno…—Letitia sonrió al saber que era verdad—…ella siempre ha sabido que iré por un camino distinto. Debería haberlo esperado. Aunque es una pena que no haya encontrado tiempo para comprobarlo personalmente. Sabe cómo conseguir que se note su disgusto, ¿verdad?

Persephone, la gemela de Garnet, era igual que su hermana en todo menos en la firmeza de sus convicciones.

—Lettie, sabes que mamá se disgusta fácilmente

de un tiempo a esta parte. Sabes lo fácil que es crisparla desde que murió papá. Tú te has marchado, pero no tan lejos como para que no podamos visitarte cuando queramos.

—Entonces, ¿lo aceptáis?

—Naturalmente —contestaron las gemelas a coro—. Es muy selecto. Siete jovencitas encantadoras que siguen al pie de la letra todo lo que dices. Sí, señorita Boyce… No, señorita Boyce…

—¡Basta! —les pidió Letitia entre risas—. Sólo es su primer trimestre. Pronto estarán contando embustes como todas nosotras.

El vestíbulo blanco resplandecía con la luz de la primavera que se reflejaba en el florero con lilas y teñía la alfombra de tonos rosas. Por las puertas abiertas podía verse un carruaje con el emblema de los Boyce en la puerta y un lacayo de librea montado en uno de los caballos, mientras otro esperaba de pie junto al estribo plegable.

Un caballo grisáceo se paró detrás del carruaje. Su jinete no dio muestras de impaciencia mientras las tres, con los brazos entrelazados, llegaron debajo del elegante pórtico blanco dándose mensajes de última hora entre agradecimientos y despedidas.

—Lord Rayne va a acompañarnos de vuelta a Londres —susurró Persephone sin poder disimular las mejillas sonrojadas—. Es muy caballeroso, Lettie…

—Esta noche nos llevará a Almack's —añadió Garnet con un brillo de emoción en los ojos—. Será un aburrimiento espantoso, pero mamá se ha empeñado.

Letitia supo que lo dijo para convencerla de que no

se lo pasarían bien y de que ella se lo pasaría peor todavía aunque también la invitara el hombre más apuesto y elegante que conocían. Ella lo miró y deseó no haberlo hecho porque le devolvió la mirada con un aire poco entusiasta, aunque algo burlón. Sin prejuicios, habría coincidido con la descripción de sus hermanas. Era el mejor partido posible y el más elegante, un hombre refinado y de la más alta cuna.

Sin embargo, Letitia tenía prejuicios por otros epítetos que había oído de él. Aunque era rico y tenía título, ¿quién en su sano juicio lo pasaría por alto?, era un libertino. Le habría gustado saber qué se proponía su madre al permitir que acompañara a sus hermanas pequeñas. También era verdad que sus hermanas habían cumplido veintidós años hacía unos meses y eso era un asunto a tener en cuenta por una madre ambiciosa. Sin embargo, a esas alturas y pese a su reputación, todas las herederas de Londres se habrían abalanzado sobre lord Seton Rayne, el hijo menor del marqués de Sheen, y él no había elegido a ninguna de forma permanente.

La mirada que había captado Letitia, la que hizo que se diera la vuelta precipitadamente, pareció haber visto dentro de ella como si fuera transparente. El lento parpadeó le dijo con claridad meridiana que ella podría censurarlo todo lo que quisiera, pero que no tenía nada que temer, que las solteras que dirigían colegios para señoritas sólo le interesaban como motivo de diversión, por muy bien relacionadas que estuvieran.

Ella habría preferido que no se lo presentaran, pero no pudo ser.

—Ven —la llamó Garnet con cierta premura—.

¿Puedo presentarte a lord Rayne antes de que nos marchemos? Milord, dijisteis que queríais conocer a nuestra hermana mayor. Aquí está.

Él se inclinó desde la montura y se llevó la empuñadura de plata de la fusta al ala del sombrero gris. Sus ojos negros la miraron de arriba abajo, como si fuera una yegua purasangre y él fuera a pujar en una subasta de ganado por ella.

—Señorita Boyce… Estoy encantado de conoceros por fin. Empezaba a creer que erais fruto de la imaginación de vuestras hermanas.

—Lo creo, milord —replicó ella sin sonreír—. Me imagino que no conocéis a muchas mujeres independientes.

Dejando muy claro que daba por zanjada la presentación, se dio la vuelta para dar un beso a sus hermanas, para ayudarlas a montarse en el carruaje y para ver cómo se alejaban despidiéndose con la mano.

El caballo gris, obedeciendo una señal de su jinete, se colocó detrás del carruaje y movió la cola como si sacara la lengua a la figura solitaria que se quedaba detrás sin poder comprender por qué se sentía tan ridícula y descortés. ¿Había estado innecesariamente a la defensiva? ¿Había interpretado mal su saludo? ¿Se había dado cuenta él? ¿Le importaba algo que lo hubiera hecho?

Volvió al vestíbulo, miró el picaporte de latón de la puerta más cercana, le dio la vuelta y entró en la habitación, aliviada de estar otra vez en su elemento natural. Siete cabezas se levantaron convencidas de que la señorita Boyce encontraría alguna queja sobre sus dibujos de narcisos.

No envidiaba lo más mínimo que sus hermanas se divirtieran buscando solteros por Londres, ella nunca se había divertido con el torbellino de bailes, reuniones, festejos y cenas. Sus hermanas sí se divertían y tenían mucha aceptación. Iban bien vestidas y eran educadas y simpáticas; animaban todos los actos sociales con su gracejo y su pelo rubio y rizado, además de ser dos. Un valor seguro para el criterio de cualquier anfitriona. Para el criterio de su exigente madre, valían su peso en oro y eran una complicación porque no podía imaginarse que una se casara sin la otra y ¿dónde podía encontrar dos solteros igual de ricos y nobles? Las gemelas compartían ese escepticismo.

El problema de buscar pareja para su hija mayor nunca le quitó el sueño a lady Boyce porque Letitia podría haber sido chico a juzgar por el interés que mostraba en encontrar marido. Ella nunca se había escapado de una clase, la inmensa biblioteca de su padre había sido su refugio favorito y una conferencia sobre la estructura de la oda o sobre las vasijas griegas y su clasificación le divertían mucho más que tener que cenar con los invitados cotillas de su madre en la elegante casa de Mayfair. Naturalmente, cumplía con sus obligaciones en ese sentido, pero casi todos sus amigos eran poetas, políticos y escritores.

Su difunto padre la entendió perfectamente; su sociable madre, no. Después de la repentina muerte de su padre en una batida de caza, Letitia intentó liberarse completamente de la dominación de su madre. Su padre lo habría aprobado, pero fue el hermano mayor de su madre, el tío Aspinall, quien la ayudó a comprar

el número 24 de Paradise Road en Richmond, condado de Surrey. También fue el único familiar, aparte de sus hermanas, que recibió bien su idea de abrir un colegio para señoritas allí.

—¿Un colegio para señoritas? —preguntó su madre como si su hija hubiese blasfemado—. Letitia, ¿cómo esperas atraer a un marido si estás metida en un colegio para señoritas todo el día? De verdad, ¿cómo puedes ser tan fastidiosa?

—No voy a estar metida todo el día, mamá —replicó ella—. No va a ser un colegio de ésos. Además, no serán menores de diecisiete años, justo antes de presentarse en sociedad. A esa edad tienen que saber muchas cosas —añadió ella acordándose de las deficiencias del colegio de la señorita Woods para hijas de la nobleza—. Si papá no me hubiera hablado de cosas interesantes, yo habría tenido tan poco que decir como la mayoría de las otras chicas del colegio de la señorita Woods.

—Nadie podrá acusarte nunca de que no tengas nada que decir —replicó su madre, sin considerarlo un halago—. Sin embargo, me gustaría que por una vez tuvieras en cuenta mis sentimientos, Letitia. No sé cómo voy a explicárselo a mis amigas. Ellas pueden esperar una excentricidad en la generación de los mayores, pero nadie la espera de una joven de veinticuatro años, que tendría que estar pensando en formar una familia. Es muy embarazoso.

—Nunca he querido ser un incordio, mamá, y tampoco tengo nada contra los hombres, el matrimonio o la familia. Sin embargo, nunca he entendido que es aceptable que un hombre cultive su mente y no que lo haga una mujer. Papá nunca creyó que el cerebro de

una mujer fuese inferior al de un hombre, ¿verdad? Él me enseñó a leer.

—Tu padre, que Dios lo tenga en la Gloria, tenía puntos de vista radicales sobre casi todo, Letitia, pero cuando te dejó una herencia considerable, dudo que creyera que te complacería desenfrenarte, comprarte una casa para ti sola y hacer el ridículo más espantoso.

—El tío Aspinall no opina lo mismo, mamá, afortunadamente. Sin su ayuda no habría podido conseguir ni la mitad de lo que he conseguido.

El argumento no aplacó a lady Boyce.

—Aspinall no tiene hijos y por eso no sabe lo que quieren los padres. No esperé que me respaldara en ese asunto y, como de costumbre, acerté, pero si le gusta la idea de tener una sobrina ilustrada, yo no puedo evitarlo. Ya sospeché tu tendencia cuando intentaste esconder un diccionario de latín en tu bolso de mano durante la fiesta en casa de lady Aldyth. ¿Puede haber una situación más bochornosa para una madre entregada?

Lady Boyce, como una actriz consumada, se dejó caer en un asiento tapizado con brocado de rayas y patas imitando garras de león.

Letitia había heredado la estatura de sus dos padres, algo que no había pasado con sus hermanas. Era más alta que la mayoría de las mujeres y eso era un engorro cuando tenía que mirar hacia abajo a sus parejas de baile. Era más cómodo para los dos sentarse para hablar. Además, tenía un encanto sereno que, mezclado con su capacidad para hablar sin pedantería de muchos asuntos de actualidad, cautivaba a los hombres más avanzados que conocían. A ella no le preocu-

paba si también le ayudaba tener un pelo rubio que no podía dominar y cuyos mechones sueltos le enmarcaban la cara y el cuello o tener unos ojos del color del cielo en un día de tormenta o tener una figura que habría envidiado la mismísima Juno, porque ella ignoraba lamentablemente todo lo referente al ignoto mundo de los gustos masculinos.

Su madre había dicho a sus tres hijas que para los hombres lo prioritario era que fuesen decentes, que se comportaran con distinción en sociedad, y, sobre todo, que no mostraran afición por el estudio. Si había algo que un hombre no podía soportar era que una mujer supiese más que él sobre cualquier asunto que no fuese un asunto doméstico. Las gemelas no lo habían dudado, pero a Letitia le pareció una generalización excesiva para ser verdad porque ella conocía a hombres que la habían aceptado fuese estudiosa o no. Desdichadamente para lady Boyce, esos hombres no querían casarse con su hija mayor porque ya estaban casados o porque estaban demasiado embebidos en los asuntos que los ocupaban como para cargar con una esposa e hijos.

Si a Letitia le disgustaba esa situación tan desequilibrada, nunca lo manifestaba, salvo alguna vez que sentía cierta lástima por los hombres y mujeres que vivían según unas convenciones tan superficiales. Fuera como fuese, la cruda realidad era que el estudio y el matrimonio no solían ser compatibles y que ella se había ganado la fama de ser «la hija mayor tan poco convencional de lady Boyce». Lo cual, hacía que fuese muy poco probable que encontrara una pareja entre la flor y nata de la sociedad, como habría querido su madre.

—¿Qué dirá la gente? —se lamentó por enésima vez lady Boyce—. Creerán que te he expulsado para que salgas adelante como puedas. No tienes ninguna necesidad de ganarte la vida, Letitia. Las mujeres de tu posición no lo hacen.

Sin embargo, lo había hecho y, hasta el momento, lady Boyce había estado demasiado ocupada para visitar el número 24 de Paradise Road; se había basado en las informaciones de las gemelas para atizar los rescoldos de su censura. Naturalmente, las había apremiado para que contaran a Letitia el baile que estaba organizando, los invitados que iba a recibir, las visitas que hacían, las veladas a las que asistían y los hombres con título que estaban conociendo. Le habían llevado una novela que acababa de publicar la misma autora que *El infiel*, que tan comentada fue entre la sociedad el año anterior. Estaban seguras de que tardaría algún tiempo en llegar a Richmond, aunque a su madre le había parecido una manera de malgastar el dinero.

—Lettie no leerá ese tipo de cosas —le había dicho a sus hijas.

—¿Qué tipo de cosas, mamá? —le habían preguntado ellas con inocencia.

—Esas cosas. Novelas. Novelas picantes.

—¿Es picante, mamá?

—No lo sé, queridas. A mí me lo parece. ¿Cómo se llama? *La mansión de los Waynethorpe*. Tiene que serlo.

—Entonces, ¿no lo has leído, mamá?

—¿Yo? ¿Leer semejante porquería? Claro que no.

—Entonces, ¿cómo puedes juzgarlo?

—Lo ojeé en la librería Hatchards y lo sé. No me imagino a Letitia leyéndolo si no explica cómo diferenciar a Turner de Reynolds. Algo que me da igual salvo que haya alguna diferencia en el precio.

La conversación, como era de esperar, se desvío hacia asuntos sobre los que lady Boyce tenía opiniones contundentes, aunque ningún conocimiento. Las gemelas sonrieron y, aun así, se llevaron el libro a Richmond.

Letitia abrió el paquete de papel marrón y se encontró con los tres tomos encuadernados en cuero marrón y letras doradas. Ojeó la portada.

La mansión de los Waynethorpe
Una novela en tres tomos de la autora de El infiel
Londres
Publicada por Mercury Press, Leadenhall Street
1814

Volvió a cerrarlo con una sonrisa. Sin embargo, siete rostros no pudieron disimular la curiosidad.

—¿Podemos leerlo, señorita Boyce? Por favor, ¿puedo ser la primera? *El infiel* era muy romántica. Mi madre me dijo que no podía leerla, pero ella la leyó. Lo sé.

Letitia se rió.

—A lo mejor debo leerla yo antes y si creo que es apropiada, os dejaré mi ejemplar. No quiero ofender a vuestras madres. Ahora, es casi la hora de la lección de contabilidad —siguió Letitia mirando el reloj que había en la repisa de la chimenea—. El señor Waverley

llegará de un momento a otro y no debemos hacerle esperar. Dejad las pinturas como estén y volveremos después del té. Vamos, chicas, a la sala.

Volvió a envolver los libros y se los llevó para que estuvieran a buen recaudo. Efectivamente, el honorable Bartholomew Waverley estaba llegando a pie para dar su lección de los viernes. Una lección que, en teoría, debería iniciar a las alumnas de la señorita Boyce en los misterios de la administración de una casa, algo que toda esposa, adinerada o no, tenía que saber. Era una de las cosas que Letitia incluía en su plan de estudios, cosa que no hacían otros colegios para señoritas, y muchos padres habían estado de acuerdo en que era un aprendizaje fundamental. El señor Waverley era amigo de Letitia desde que se conocieron en una conferencia a la que la había llevado su padre hacía muchos años en Londres. Por suerte, vivía en una casa preciosa al otro lado del parque de Richmond y su disposición a ser su acompañante, tutor y guía fue uno de los motivos para que Letitia estuviera convencida de que podía asumir esa responsabilidad. Su relación era afectuosa, pero nada más; más parecida a la de un hermano. Los dos estaban muy satisfechos de que fuese así.

El señor Waverley no sólo era un amigo digno de confianza, también era un acompañante excelente, que no se extrañaba de que Letitia tuviera tanto interés en temas que se suponían reservados a los hombres. Iban juntos a reuniones y grupos de debate donde su mente despierta y conocimiento sobre ciencias y matemáticas equilibraban la preferencia de ella por las artes. En realidad, era el amigo perfecto. Estaba de pie sobre la

sombra semicircular que proyectaba la claraboya que había encima de la puerta.

—Estoy sobre tu trozo de queso —comentó él con una sonrisa.

—Vaya, ya me parecía que olía. Además, sí, estás invitado a cenar. Entra, Bart, las niñas ya están en la sala.

—¿Con Gaddy?

—Sí, Gaddy también está.

La señorita Gaddestone era prima de Letitia y vivía con ella a cambio de ejercer como señorita de compañía cuando era necesario. Como varios de los profesores que había contratado Letitia eran hombres, la señorita Gaddestone se quedaba en un rincón para velar por el decoro. Era amable, bien parecida, muy minuciosa con la formalidad y se tomaba muy en serio sus obligaciones; se sentaba haciendo punto y no decía nada, pero lo oía todo.

La sonrisa que se intercambiaron no necesitaba explicación porque los dos sabían que algunas alumnas miraban al señor Waverley de una manera que tenía poco que ver con las cuentas domésticas. Era alto, apuesto, con el pelo castaño, unas manos muy cuidadas y unos ojos que sonreían con facilidad. También era hijo de un vizconde, adinerado y soltero, un buen partido para cualquier mujer si él hubiera mostrado el más mínimo interés. Naturalmente, las alumnas estaban seguras de que Letitia y él eran algo más que buenos amigos.

—Entonces, entraré.

—Muy bien. Han estado las gemelas.

—Ah… ¿lady Boyce no ha venido?

—No. Me han traído una cosa, Bart.

Él la miró a los ojos burlones, que estaban casi a la misma altura que los suyos.

—¿No será el libro? Ya lo tienes… ¿Se lo has dicho?

—¡No! Mi madre no lo considerará una lectura recomendable.

—Seguramente tenga razón —él sonrió—. Entonces, ¿ya podré leerlo? Era parte del trato.

—De acuerdo. Podrás llevártelo después de cenar. Ahora, entra.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Era tarde cuando el señor Waverley se marchó, pero a Letitia no le importó que las tres internas se quedaran levantadas un par de horas más para mantener una conversación interesante, porque al día siguiente era sábado y no había clases. La señorita Gaddestone había contado historias muy graciosas sobre su infancia en el campo de Gales y la señora Quayle, la vecina de la casa de al lado, donde estaban alojadas las tres jóvenes, estaba relacionada con mujeres de lo más granado de la sociedad y era una fuente de información increíble, sobre todo, de tipo ejemplarizante.

A la luz de un quinqué, Letitia abrió el cajón de su escritorio y sacó cuidadosamente un libro con tapas de cuero desgastadas y con la mitad de las páginas grises por el uso y la otra mitad inmaculadas. Parecía que se abría solo por la última página escrita.

Quitó la tapa de plata del tintero, tomó una pluma y miró si estaba afilada.

—Deja de remolonear —le susurró a la pluma—. Escribe. Es lo que quieres decir. Escríbelo antes de que te olvides.

La pluma, obedientemente, entró en el tintero y empezó con la descripción.

Montaba el enorme caballo grisáceo como un dios y frunció el ceño por el sol hasta que la reconoció, aunque ella no quería que la reconociera. Ella no podía ver sus ojos, aunque sabía cómo la miraban de los pies a la cabeza y alterándola, haciendo que cerrara los puños y dejándola sin aliento. Dijo algo descortés, pero no lo fastidió, como había querido ella, sino que la desdeñó por creerse demasiado lista y no merecer que le dedicara su tiempo.

Notó que el corazón se le aceleraba, que sus ojos querían, aunque no quisieran, fijarse más en él, en sus manos enguantadas, que sujetaban las riendas mientras palmeaba el cuello resplandeciente que tenía delante para sosegar al animal, como le gustaría que la sosegara a ella. Nunca se había sentido tan desasosegada, tan mirada por encima del hombro. Se dijo que había cosas más interesantes en las que ocupar la cabeza. Aunque no quería que volvieran por nada del mundo.

Dejó la pluma con un suspiro y miró fijamente las palabras durante un rato, como si las hubiera escrito otra persona. Era lo que tenían que hacer los escritores para anotar hasta la más mínima información que les

llegaba, sobre todo, los escritores para quienes eso que había ocurrido era algo muy excepcional, como le había pasado a ella ese día. ¿Merecía la pena anotarlo? se preguntó a sí misma mientras cerraba el libro y volvía a guardarlo en el cajón. Se contestó que sí merecía la pena, que no podía dejarlo pasar con la experiencia que tenía sobre los hombres.

Al día siguiente, el paseo a Hampton Court Palace para visitar a la anciana madre del señor Waverley se vio incrementado con cinco alumnas de Letitia, dos de las cuales vivían muy cerca y podrían haberse quedado con sus padres si hubiesen querido. La señorita Gaddestone y la señora Quayle fueron en el landó, pero las demás cabalgaron sus caballos. Letitia era una buena amazona y quiso que montar a caballo fuese una de las disciplinas de su colegio porque, según ella, había muy pocas jóvenes de diecisiete años que supieran tener un aspecto natural sobre la silla de montar. No había dicho nada, sin embargo, sobre la calidad de las monturas que les habían proporcionado sus padres, algo que tendría solucionar más adelante, cuando las cosas estuvieran más asentadas.

La comitiva de un carruaje y siete jinetes avanzó por el sendero del río hasta el pueblo de Hampton. El señor Waverley se dirigió hacia el lado sur del palacio donde su madre tenía una residencia cedida por la Casa Real y Letitia hacia la plaza del pueblo para entrar por la puerta del oeste que, según le habían dicho, las llevaría directamente al sitio donde podrían dejar los caballos y seguir andando a los patios.

Lo que no les había dicho el señor Waverley era que la inmensa zona entre la puerta y el palacio albergaba la academia de caballería donde los reclutas recibían una instrucción intensiva, antes de entrar en el ejército del marqués de Wellington en España. En el costado izquierdo estaba el edificio de ladrillo rojo del cuartel y el patio que tenía delante estaba atestado de hombres a caballo con casacas azules, correajes repujados con plata, pantalones blancos metidos en relucientes botas, gorros altos de piel, galones, cinturones, hebillas, vainas curvas para las espadas y metros de cordones de plata. Cuando el landó y las seis amazonas empezaron a atravesar el patio, los resplandecientes caballos se movieron al ritmo del campanilleo de los arneses y bajo la atenta mirada de los civiles que observaban el ejercicio desde fuera.

Sin embargo, se oyó un toque de corneta y el cochero de Letitia, anciano, algo sordo y entusiasmado con el público que tenía, no la oyó cuando le gritó para que se detuviera, pero eso sí asustó a varios caballos, que casi desmontaron a dos alumnas y salieron desbocados, lo que impidió que Letitia alcanzara al cochero, quien, todavía ignorante del peligro, consideraba que un grupo de caballería no podía tener preferencia sobre su carruaje. En eso, no obstante, estaba equivocado porque esos reclutas que amenazaban con pasarle por encima eran dragones del décimo de caballería ligera, quienes creían que tenían, por gracia divina, preferencia sobre cualquier cosa y en cualquier momento.

Letitia, que se debatía entre detener el carruaje y reunir a sus alumnas, gritó a la señorita Gaddestone,

quien estaba medio levantada y agitaba los brazos como un molino de viento con la esperanza de que la hilera de casacas azules que avanzaba hacia ellos esperara. La señora Quayle, más resolutiva, levantó el parasol como un palo de golf y golpeó al cochero en el sombrero de copa, que acabó bajo los cascos de los caballos. Más tarde dijo, a modo de excusa, que había apuntado a su hombro. Fuera como fuese, consiguió que parara bruscamente.

Las seis atractivas mujeres, que tenían complicaciones con sus monturas, y el cochero, que tenía complicaciones con su dignidad, se vieron inmediatamente rodeados por el cuerpo de élite de la caballería, de entre dieciocho y veintidós años, y que no tenían una disciplina tan férrea como para disimular las sonrisas por la situación tan cómica que estaban presenciando. Tampoco pudieron pasar por alto el desbarajuste de caballos y amazonas que les tapaba el paso. Un par de jóvenes, incapaces de resistir la tentación, agarraron las riendas de los caballos más levantiscos mientras su oficial, sobre un caballo castaño inmenso, se abría paso como Moisés en el mar Rojo y se paraba junto al cochero. Su expresión bajo el gorro de piel negra era aterradora.

—¡Doy por supuesto que nunca habéis estado al servicio de Su Majestad! —bramó al cochero.

—No, señor. ¡Nunca!

—Entonces, no sabréis que un toque de corneta es una señal y que nadie con dos dedos de frente intentaría cruzar una línea de caballería con un carruaje, salvo que quiera morir. ¿Quién está al mando de esta excursión infantil?

—Yo soy la responsable de la seguridad de estas jóvenes —intervino Letitia con tono airado—. Si el oficial al mando tuviera dos dedos de frente, se habría dado cuenta de que la situación era confusa antes de dar la orden. Espero que esto sea lo peor que puede pasarle a vuestros hombres cuando entren en combate, porque si no…

Aunque los dos antagonistas se habían reconocido al instante, el capitán lord Rayne había decidido no escuchar sus insultos y se había dado la vuelta entre gritos a sus hombres y al cochero de Letitia. Restableció el orden tan rápida y eficientemente que hasta los caballos le obedecieron. Letitia fue la última en pasar junto a él, pero ninguno de los dos dirigió una mirada al otro y ella cerró la comitiva tragándose la furia y la humillación entre las sonrisas poco disimuladas de los hombres y las miradas atónitas de los espectadores. Hubo algunos aplausos dispersos cuando se marchó.

El retumbar de unos cascos detrás de ella hizo que se diera la vuelta para ver a un joven con cara aniñada que se acercaba con un sombrero de copa abollado.

—Con los respetos del capitán, señora.

El fastidioso incidente en el patio de instrucción tuvo consecuencias para el grupo de Letitia y alteró la finalidad para la que las había llevado, que era ver la arquitectura del palacio y practicar la equitación. Sus emocionadas alumnas estaban mucho más interesadas en los jóvenes que habían acudido en su auxilio, así preferían considerarlo ellas, que en la belleza de las chimeneas de ladrillos de colores y le suplicaron que las dejara mirar, aunque fuera unos minutos, la instrucción de los soldados. Letitia no pudo negarse.

Dejó a las chicas con sus señoritas de compañía y fue a buscar la residencia cedida por la Corona donde vivía la madre del señor Waverley.

El laberinto de pasillos con suelo de piedra de la parte estilo tudor del palacio pronto dio paso a otra serie de patios y estancias pequeñas, más modernos pero igual de intrincados, que alguna vez fueron los aposentos reales, pero que en ese momento estaban lamentablemente abandonados. Después de recorrer distintos pasillos muy largos sin rumbo ni resultados, se sentó en el polvoriento poyete de la ventana de un cuarto vacío y pequeño, que en otros tiempos pudo ser la despensa. Miró un patio adoquinado e intentó acordarse de por dónde había entrado y de dónde podría estar el ala sur.

Antes de que pudiera apartarse, una figura alta y uniformada pasó por la columnata que tenía enfrente y se detuvo para mirar por encima del hombro. Aunque iba vestido como otros muchos, sus hombros imponentes, sus piernas larguísimas y el porte arrogante de oficial lo hacían inconfundible. No miró adónde fue y se pegó contra la pared con la esperanza de que el terciopelo verde de su vestimenta se confundiera con el musgo de los ladrillos. Era la última persona con la que quería toparse allí.

Contuvo el aliento para distinguir el ruido de los latidos de su corazón de los pasos en el suelo de piedra. Los oyó cada vez más fuertes hasta que se pararon en la puerta. Lord Rayne asomó la cabeza por debajo del dintel.

—Vaya… —dijo él con delicadeza—. ¿Habéis abandonado a vuestros polluelos?

Letitia lo miró con furia y luego clavó la mirada en la pared desconchada que tenía enfrente, negándose a contestar una pregunta tan ridícula. Se sentía muy indefensa porque aunque él no había cerrado la puerta, el pasillo estaba completamente vacío.

—¿Os habéis quedado muda? —él entró y apoyó una mano en la pared, al lado de su cabeza—. Muy interesante. Hace un rato tuvisteis muchas cosas que decir, señorita Boyce. ¿No queréis seguir ahora que cuento con toda vuestra atención?

Una mirada fugaz como un rayo le dijo que él tenía unos ojos marrones con tonos castaños, que la miraban con dureza y aire burlón y que no era la primera vez que tenía a una mujer en una situación tan poco ventajosa para ella. Aun así, se negaba a darle más munición. Era evidente que se acordaba de la airada réplica del día anterior y que estaba enojado por su reacción impropia de una dama ante sus hombres. Había sido impropia de una dama. Eso era innegable.

—Entonces, ¿sería mucho pedir una disculpa?

—Sí, milord, lo sería. Por favor, dejadme sola —contestó ella con toda la dignidad que pudo reunir.

Aunque ella pensó que tenía que haber captado la vacilación de su voz porque estaba intencionadamente cerca de ella para intimidarla.

—¿Dejaros sola… aquí? Ni hablar, eso sería una falta de caballerosidad, señorita Boyce. Una de dos, o estáis escondiéndoos de alguien o estáis perdida. ¿De qué se trata?

Ella no contestó y miró hacia otro lado con las mejillas abrasándole por la intensidad de su mirada y dándole vueltas frenéticamente a la cabeza para encon-

trar una manera de solucionar esa situación espantosa. Por nada del mundo iba a darle el placer de disculparse… ni de darle una explicación. Sin embargo, él estaba entre ella y la puerta y aunque no era impetuosa y poco femenina, pensara él lo que pensase, la única forma de librarse era escabullirse precipitadamente.

Sin embargo, la vestimenta de montar no estaba pensada para escabullirse rápidamente y en cuanto se levantó la falda con una mano, él alargó una pierna y la empujó contra la pared con una firmeza que ella no pudo sortear. Notó la indecente presión de su muslo contra ella y la calidez de su rostro.

—Dejadme —susurró ella—. Me ofendéis, lord Rayne. Ésta no puede ser la conducta tan caballerosa que ofrecéis a mis hermanas.

Lo empujó con la fusta en el hombro, pero, a pesar de su tamaño, no pudo hacer nada para evitar que él la besara en la boca y le arrebatara la disculpa que ella le había negado. No fue un simple roce y cuando ella intentó apartarse, él la agarró de la barbilla y volvió a besarla con más avidez que antes. A pesar de lo grueso que era el uniforme, de los galones y de los botones, ella pudo sentir la necesidad que tenía de imponer su autoridad, desafiada por el incidente del patio y agraviada por su negativa a ceder. Sus brazos la dominaban como si exigieran su sumisión. Estaba segura de que no tenía nada que ver con el deseo sino con la obediencia, con la obediencia que le negó ante la multitud de espectadores.

—No —gruñó él—, esto no es lo que ofrezco a vuestras hermanas, señorita Boyce. No estoy ofreciendo nada, estoy tomando vuestras disculpas. Nadie se

marcha de mi patio de instrucción insultándome a gritos, ni siquiera una mujer. Además, nunca le había arrebatado un beso a una maestra de pueblo. Es una novedad. Creo que merece la pena repetirlo.

—No… ¡no! —gruñó ella entre dientes—. No os atreváis a agárrame así. ¡Soltadme! No os debo nada y eso no ha sido una disculpa. No me disculpo con sinvergüenzas.

Soltó la última palabra con toda su rabia y encontró sitio para levantar la fusta con un movimiento que lo habría dejado marcado si él no le hubiera agarrado la mano.

No sólo estaba furiosa por su despreciable abrazo, también estaba furiosa consigo misma porque debería haberlo previsto o, al menos, haberle puesto más trabas de las que había puesto. También estaba la dolorosa verdad de que el primer beso que le había dado un hombre se lo habían arrebatado de mala manera y no había sido fruto del cariño y el afecto, que ella siempre había considerado requisitos para el amor físico. Además, la intención de él había sido escarmentarla, lo que lo hacía doblemente humillante.

Él le sujetó la muñeca y la fusta en el aire, sorprendido por el vehemente arrebato de furia, y con la otra mano se preparó para lo que pudiera hacer ella. La miró a los ojos duros como el pedernal y resplandecientes de ira y a su hermosa boca, que temblaba por la conmoción. La réplica hiriente y mordaz que tenía pensada no salió de sus labios. Se puso serio y, repentinamente, sus ojos reflejaron arrepentimiento.

—Una mujer independiente y valiente —le soltó un poco la muñeca—. Tranquila… Ya he dicho lo que

tenía que decir y no me gustaría que pensarais que vuestras hermanas tienen a un sinvergüenza de acompañante. ¿Podemos hacer una tregua? —extendió la mano—. ¿Amigos?

Letitia se alejó de él como si le hubiera ofrecido una víbora.

—¿Después de ese comportamiento con una dama, milord? Si podéis creer que necesito ese tipo de amistad, estáis peor de la azotea que los demás como vos —se metió el sombrero casi hasta las cejas y deseó haber llevado velo—. Apartaos y dejadme que encuentre la salida de este maldito sitio.

Él podría haber sonreído por su lenguaje, pero dejó escapar un leve silbido al observar su delicada cintura, sus voluptuosas curvas, la orgullosa inclinación de la cabeza y el cuello que el día anterior llevaba tapado. Se aclaró la garganta.

—Conozco este sitio como la palma de mi mano. Me encantaría…

—Estoy segura de ello, milord. Estoy segura de que conocéis hasta el rincón más recóndito. Encontraré el camino sola, gracias.

—¿Qué intentabais encontrar? —le preguntó él sin inmutarse por su insinuación.

Ella tenía que ceder si no quería meterse en más complicaciones.

—La residencia de lady Waverley.

—El número diecisiete. Entonces, conocéis a lady Waverley, ¿verdad?

—No —contestó ella sin dar más explicaciones.

Pasó de largo junto a él hacia la puerta, pero unos gritos cortaron de raíz cualquier discusión posible.

—¡Lettie! ¡Lettie! ¿Dónde estás?

El alivio se adueñó de ella y le brotó con la voz.

—¡Aquí! —gritó ella—. Estoy aquí… Bart.

El señor Waverley dobló la esquina y aceleró el paso con los brazos extendidos.

—Lettie, ¿dónde te habías metido? Vaya, ¿tú por aquí, Rayne?

—¿Qué tal, Bart? La señorita Boyce estaba perdida —replicó Rayne—. Íbamos a buscar a tu madre. Es el diecisiete, ¿verdad?

El rostro del señor Waverley se serenó con una sonrisa indulgente y consoladora.

—Eres un caso —tomó del brazo a Letitia—. Te perderías en el patio de tu casa. Gracias, milord, habéis sido muy amable.

—¿Os… os conocéis? —susurró Letitia.

—Desde niños —contestó al señor Waverley—. Fuimos juntos a Winchester y también vivimos en la misma ciudad. Aunque a mí no me tentó todo esto.

El señor Waverley, sonriente, le pasó una mano por los galones de plata.

Sin embargo, Letitia, pese al terciopelo verde que le cubría los pechos, todavía podía notar la marca de de esa trenza de plata, el dolor en los brazos y la acometida de su boca en los labios. Eso le dolía, pero todavía le dolía más su desprecio, que ella atribuía no tanto a su indiscreción en el patio de instrucción sino a que fuera una maestra de pueblo, como había dicho él, y, por lo tanto, menos merecedora de su respeto que sus hermanas.

Dos

Las cinco alumnas de Letitia, en vez de sentirse alteradas por el incidente del patio de instrucción, volvieron a Richmond desbordantes de emoción y sin dejar de hablar sobre cómo las habían salvado de unos caballos desbocados o de haber caído al suelo y que las hubieran pateado hasta matarlas. Su exageración sirvió para dos cosas; la primera, para que el silencio de Letitia pasara desapercibido y, la segunda, para que el señor Waverley supiera todos los detalles que ella no quería repetir.

Él no había dado importancia a encontrar a lord Rayne en aquella estancia del palacio ni a que estuviera ayudándola a encontrar el camino. Él reconoció que era un sitio endiablado para perderse. Además, Letitia tampoco fue quien le preguntó la función exacta de lord Rayne como capitán del décimo de dragones de caballería ligera, sino que fueron la señora Quayle y la señorita Gaddestone que seguían riéndose como niñas por el sombrero de copa del pobre cochero.

—Adiestra la caballería del marqués de Wellington —contestó el señor Waverley—. No sólo los dragones,

el regimiento del regente, sino también otros regimientos. Él ya participó en combates, pero se dio de baja una vez y volvieron a darle el encargo. No hay nadie mejor para preparar a los muchachos para el combate. Pasa temporadas en Sheen Court con su hermano y su cuñada.

La señora Quayle, la vecina del número 22, conocía a su hermano.

—Es lord Elyot —le dijo a la señorita Gaddestone, quien llevaba el parasol roto sobre las rodillas—. Lady Elyot es encantadora. Está en el comité parroquial de Richmond que se ocupa de las mujeres descarriadas. Lord Elyot es criador de caballos para la Corona. La yeguada real está en Hampton Court, de modo que él y su hermano trabajan como uña y carne con los caballos reales. En la cría… —susurró ella arqueando una ceja—. En esa familia son unos apasionados de los caballos.

También podría haber dicho que eran unos apasionados de la cría.

Letitia no aportó nada a la conversación. Seguía dándole vueltas a la idea de que su actitud defensiva, tan impropia de ella, era la que había originado la escena espantosa del cuartito, no por la defensa de quienes estaban a su cargo, lo cual habría sido comprensible, sino por la defensa de su posición como responsable de ellas. Si hubiese aparecido alguien que no hubiese sido lord Rayne, ella, seguramente, se habría limitado a reconocer su error, pero nada más verlo fue como si toda la hostilidad que tenía dentro saliera a la superficie para devolverle el desdén que ella percibió y provocó el día anterior. Todo era cómico porque le

importaba un comino lo que ese hombre atroz pensara de ella.

Aun así, le importaba mucho que le hubiera mostrado una falta de respeto tan impresionante, que uno de los libertinos más tristemente célebres de la ciudad la hubiera besado, no porque ella fuese lo que él quería, sino porque eso era lo que creía que ofendería más a una ilustrada que para él sólo tenía el interés de la novedad.

Después de cenar alegó cansancio y dejó solas a la señora Quayle y a la señorita Gaddestone. Ése era el momento que solía reservarse para escribir sus pensamientos cuando era poco probable que la molestaran.

Esa noche, la pluma se negó a hablar por ella.

Durante casi una hora buscó la mejor manera de describir su desconcierto con palabras, de detallar sus sensaciones físicas y explicar sus sentimientos, pero esa vez ni siquiera la furia bastaba para darle el más mínimo sentido y acabó dándose por vencida y cerrando el libro. Quizá al día siguiente pudiera verlo más claramente, con cierta distancia.

Eso, se dijo a sí misma, era parte del problema. Veía perfectamente para leer, escribir, coser y dibujar, pero necesitaba gafas para ver algo con claridad a cierta distancia y sólo se las ponía cuando estaba con amigos. Si hubiera tenido el valor de llevarlas puestas esa tarde, quizá hubiera podido prever el embrollo antes de que se produjera. Guardó con llave el cuaderno, agarró el bolso de mano y sacó la funda de cuero y plata donde estaban sus gafas con una sencilla montu-

ra de acero. Se las puso y toda la habitación se llenó de detalles; el delicado dibujo rosa del dosel, los reflejos en el cristal y el metal, las molduras alrededor del techo… la llama del quinqué era un pequeño milagro.

Orla, su doncella, entró con una bandeja y sonrió al ver la cara con gafas que la miró fijamente y con asombro.

—Llegará un día, señora, que cualquier dama las llevará.

—¿En público? Jamás.

—En público, señora. Acordaos de mis palabras.

Letitia no dijo nada. Su padre sólo las había usado en privado. Ella lo acompañaba cuando llegó a la valla y calculó mal. Letitia no volvió a cazar porque supo que podía haberle pasado a ella. Él murió en sus brazos.

Su incapacidad para expresar con palabras lo que había sacado en claro con la experiencia de ese día perturbador le impidió dormir. Su éxito como escritora de novelas dependía en gran medida de la descripción sincera e intensa de relaciones apasionadas, que, en su mayor parte, eran fruto de una imaginación muy viva mezclada con observaciones breves y furtivas. No era un método satisfactorio para ningún escritor íntegro, aunque le primera novela que había publicado, *El infiel*, había sido un éxito enorme. La segunda, que acababa de publicar, llevaba el mismo camino, si podía fiarse de la avidez de sus alumnas.

En su cuaderno de notas, casi un diario, no anotaba sólo sus pensamientos y experiencias, sino los de otras personas también, entre ellas, los de sus alumnas, familiares y amigos; sus giros, sus imágenes al hablar y las historias que contaban. También era importante la des-